

Una pedagogía espacial de lo corporal: el Plano de las Colonias de Samuel Chávez (1901)

M. A. Sifuentes¹

¹(Departamento de Teoría y Métodos, CCDC / Universidad Autónoma de Aguascalientes, México)

Abstract : El presente artículo se ubica dentro de los estudios de Historia Cultural Urbana (o Historia Cultural de la Ciudad). Con el sustrato metodológico de la hermenéutica analógica de lo urbano y la incorporación de métodos de georreferenciación y geoprocusamiento, busca profundizar “en” y proponer nuevas lecturas “al” Plano de las Colonias elaborado para la zona oriente de la ciudad de Aguascalientes (México) por Samuel Chávez en 1901, yendo más allá de lo trabajado por la historiografía previa, al incorporar la dimensión de las motivaciones personales, profesionales e intelectuales de orden simbólico que rigieron las decisiones de diseño-planificación de Chávez, contrastando con el pragmatismo mercantil de la Compañía Constructora de Habitaciones de Aguascalientes (la COCOHA, que estaría encargada de ese desarrollo urbanístico), en el contexto de la concepción, edificación y modos de habitar el espacio público y el espacio privado de las modernas ciudades porfirianas prerrevolucionarias de principios del siglo XX. Con los resultados se espera ensanchar el conocimiento sobre el desarrollo histórico de la ciudad de Aguascalientes, particularmente en su zona oriente, y sobre Samuel Chávez mismo, personaje que ha permanecido injustamente olvidado y hasta cierto punto desconocido.

Keywords - Ciudad, cuerpo, espacio, pedagogía, simbolismo.

I. INTRODUCCIÓN

En la historia de la urbanística de la República Mexicana de inicios del siglo XX, la ciudad de Aguascalientes, capital del estado del mismo nombre (Fig. 1), ha ocupado un lugar preponderante debido a que en el año 1901 el ingeniero-arquitecto Samuel Chávez Lavista (1867-1929) elaboró una propuesta de intervención, conocida como el «Plano de las Colonias», cuyo respectivo proyecto de diseño prácticamente duplicaba la superficie urbana ocupada hasta entonces por la ciudad preexistente, constituyendo una de las primeras intervenciones del nuevo siglo en México bajo criterios que conjugaron tanto elementos del urbanismo decimonónico higienista y de ornato, como algunos esbozos de la moderna planificación que se desarrollaría en nuestro país en años subsecuentes. Más allá del hecho de que el proyecto fue parcialmente alterado al supeditarse a las leyes de la propiedad y el mercado del suelo, la singularidad de esta intervención radica en que durante mucho tiempo el proyecto original que la regía, que sólo se conocía de “segunda mano”, permaneció “extraviado” y por tanto envuelto en cierta aura mítica, hasta que uno de los planos que lo integraban fue recuperado por nuestro equipo de investigación, gracias a lo cual fue posible confirmar una hipótesis que modifica sustancialmente el conocimiento difundido por la historiografía previa, cuyas contribuciones han hecho énfasis en las intenciones mercantilista y especulativa tras este instrumento pionero del ordenamiento de una parte de ciudad (Gómez, 1983 [1]; Gómez, 1988 [2]; Gómez, 2013 [3]; Durán y Sifuentes, 1987 [4]; López García, 2007 [5]; Franco, 2011 [6]; López Flores, 2013 [7]; excepción hecha de los trabajos de Martínez, 2009 [8]; y de Esparza, 2012-2013 [9], que en contraparte han enfatizado algunos aspectos simbólicos y de ideología política). En este sentido, el propósito central de este artículo es proporcionar nuevos elementos de interpretación de las claves urbanísticas de este proyecto, desde el ángulo de un concepto de habitabilidad que constituyó un punto de inflexión en la concepción, edificación y modos de habitar el espacio público y el espacio privado de la ciudad (Acosta, 2007) [10]. Así, la principal contribución del artículo radica en nuestro argumento y pruebas de la construcción de una «pedagogía espacial de lo corporal» inherente al proyecto del Plano de las Colonias.

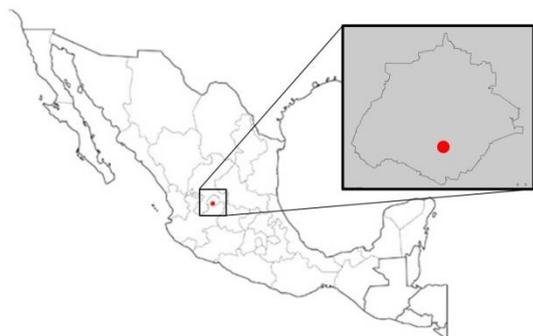


Figura1. El estado y la ciudad de Aguascalientes en la República Mexicana. Fuente: elaboración propia.

principal contribución del artículo radica en nuestro argumento y pruebas de la construcción de una «pedagogía espacial de lo corporal» inherente al proyecto del Plano de las Colonias.

II. BREVE APUNTE METODOLÓGICO

El proyecto del que deriva este artículo se guio bajo los principios heurísticos siguientes: la búsqueda de significados “ocultos” o velados por el propio Samuel Chávez de modo deliberado en el Plano de las Colonias, los significados larvados en el propio tejido urbano proyectado y/o la construcción de los mismos por el equipo de investigación, se gobernaron todos por su lectura como un texto a ser interpretado, en el que se buscó una proporción analógica (Beuchot, 1997) [11] entre a) las intenciones del diseñador, b) los sentidos que permite el texto mismo (el plano) desde su organización morfo-sintáctica, y c) la lectura o interpretación del historiador-hermeneuta. Asimismo, bajo la consideración de los paradigmas narrativo y argumentativo, es decir, de los relatos empleados con función argumentativa (historias argumentadas) y los argumentos empleados indirectamente como herramientas con función narrativa (argumentos historizados), logrados, pues, con un equilibrio entre narración e invención (Pereda, 2001) [12]. Se consideró que los sentidos del autor, los sentidos del plano mismo y los sentidos construidos por el equipo de investigación, serían sobradamente cubiertos por la investigación y contrastación de las dimensiones personal, profesional e institucional del quehacer proyectual-planificador de Samuel Chávez. El texto resultante de la interpretación muestra un equilibrio proporcionado entre relato e invención, es decir, entre la reconstrucción narrativa de prácticas del pasado y la significación que a dichas prácticas otorgó el equipo de investigación. Huelga decir que tales prácticas se circunscriben al ejercicio del diseño-planificación de Samuel Chávez en el marco de modelos de habitabilidad y concepciones de ciudad precisos que respondían, a su vez, a un concepto de sociedad y de cultura propio del fin del siglo XIX. Lo anterior demandó la convergencia de métodos y técnicas de las Ciencias Sociales (el análisis textual, la lectura de la imagen), las Humanidades (el análisis histórico, la hermenéutica analógica), los correspondientes a la Geografía e Ingeniería (cartografía, georreferenciación, sistemas de información geográfica, levantamientos) y la Urbanística (morfología). Asimismo, requirió un exhaustivo trabajo de archivo para localizar la cartografía histórica y fuentes primarias sobre la formación familiar y escolar de Samuel Chávez, así como de su desempeño profesional y relaciones con la élite y la intelectualidad de fines del siglo XIX. Del mismo modo, exigió trabajo de gabinete para reconstruir la cartografía digitalizada sobre la que señalamos los datos de correlación georreferenciada. Y también trabajo de campo para la georreferenciación de los ejes del Plano de las Colonias y los elementos de la ciudad antigua que vinculaban. Las unidades de observación fueron algunos documentos cartográficos del Plano de las Colonias, así como fotos o reconstrucciones cartográficas digitalizadas del mismo y expedientes documentales de diversa índole. Su lectura fue en el momento actual pero tratando de reconstruir el proceso de diseño-planificación seguido por Samuel Chávez a través de diversas unidades informativas. El principio que guio la búsqueda y construcción de inferencias válidas sobre el simbolismo plasmado en el proyecto urbanístico, fue el de armar una interpretación que conjugara en una narración creíble, que resistiera los acontecimientos históricos, parte de los procedimientos de proyectación y planificación de la época (lo “secundariamente idéntico” [Beuchot, 1997]) [11], y los argumentos historizados e historias argumentadas (Pereda, 2001) [12] del equipo de investigación (lo “principalmente diverso” [Beuchot, 1997]) [11], de un modo analógicamente proporcionado.

III. EL PLANO DE LAS COLONIAS: UNA «PEDAGOGÍA ESPACIAL DE LO CORPORAL»

Algunos trabajos contemporáneos sobre la ciudad decimonónica han estudiado la analogía de la ciudad como cuerpo, e incluso fue un tópico propio de las disquisiciones salubristas que pueden encontrarse con frecuencia en las topografías médicas del siglo XIX. Señala Horacio Caride (2011:39) [13] que “la idea de semejar a la ciudad con el cuerpo humano es tan antigua como la voluntad de encontrar una metáfora conciente [sic] y consistente para explicar la emergencia de lo urbano”. Ahora bien, la ciudad como un cuerpo enfermo, es decir, como “metáfora orgánico-funcional” para expresar el horror de su “muerte” frente a las epidemias, sobre todo en aquel siglo, es una “antigua noción de la cultura occidental, construida y avalada por el arte y la ciencia durante siglos”. A partir de las secuelas epidemiológicas sobre la población de las urbs, la metáfora se tornó en “discurso sobre el cuerpo urbano”, en tanto “expresión favorecida de la modernización de la ciudad” (Caride, 2011:38) [13]. Lo anterior se tradujo en la necesidad de “generar nuevos y «sanos» espacios públicos” con generosos pulmones cuyo “aire limpio alejase las miasmas” (Caride, 2011:43) [13], lo cual incluía la vivienda tanto para los trabajadores como, sobre todo, para las élites. La lectura intrínseca de la organización de las claves del Plano de las Colonias nos condujo a identificar cierto juego de trasposiciones simbólicas, que lo eran en la medida que atendían no tanto a la materia física cuanto a las connotaciones subyacentes que dicha estructura permitió aventurar. El hecho de que no provinieran directamente de las fuentes primarias y de que constituyeran en rigor una interpretación de las claves de diseño, no les quita mérito; por el contrario, adquirieron relieve cuando fueron debidamente contextualizadas y desde luego soportadas en las evidencias documentales cartográficas y en los procedimientos de georreferenciación y geoprocesamiento de que echamos mano. Por obvias razones, es incuestionable que de ninguna manera podríamos haber contado con los testimonios y opiniones directas de los habitantes de los fraccionamientos que conformaron el Plano de las

Colonias, a menos que hubiésemos localizado las fuentes apropiadas para ello, que lamentablemente no fue el caso. Así que para el examen “sintáctico” de nuestra unidad de análisis (o mejor, del conjunto de materiales gráficos, tanto históricos como los preparados por nuestra cuenta), nos vimos obligados a confiar en las huellas, pistas, marcas, claves o códigos propios de la planimetría histórica y de la elaborada por nosotros, para montar una interpretación que diera cuenta de esas trasposiciones simbólicas. Por supuesto, como dice Ariel Gravano (2003:28) [14], existe una diferencia importante entre “la imagen programada por el profesional y el uso que el destinatario del programa da a [una] ... porción de espacio urbano”, lo que según él constituye un objeto específico del estudio antropológico. No obstante, aun conscientes de lo anterior, el propio Gravano nos proporcionó una pista que no hizo sino reconducir conceptualmente una abducción que en el proceso fue emergiendo, que es justamente la de la problemática simbólica entre el “adelante” y el “atrás”, entre el “adentro” y el “afuera”, como expresión de un conflicto político cuyos polos eran la inclusión y la exclusión, o de un conflicto cultural entre lo moderno y lo caduco, que puesto en términos de espacio urbano, conducía a la dicotomía en que se debatía la villa virreinal y la moderna ciudad porfirista de esta parte del país. Quizá fueron algunos los perspicaces personeros para los cuales la antigua villa no pasaba de ser una población con un carácter “monacal”, de calles estrechas, insalubres e irregulares, lo que contrastaba con otras opiniones no menos influyentes, así de extranjeros como de algunos especialistas locales. Lo que fuere, en ciertos sectores de la opinión pública y en el imaginario popular parece que había cierto consenso en que las colonias del oriente representaban el “estar al día”, el “no va más”, la cara del progreso, lo que iba por delante al parejo de las raudas máquinas del ferrocarril (que poco tiempo atrás se habían afincado en esta zona), lo que era propio y estaba dentro de la civilización; lo otro, la villa novohispana y su traza, representaba lo contrario: lo atrasado, lo anquilosado, lo que quedaba fuera del progreso. Semejante idea no dejaba de adolecer de cierto maniqueísmo, porque el progreso se había manifestado también en el corazón mismo del centro fundacional y en el ámbito de la nueva centralidad proporcionada por el moderno Parián y muchos otros edificios y mejoras materiales en infraestructura y servicios al interior de la traza antigua. Pero en tiempos de reyertas ideológicas como las que se fueron incubando en el propio seno de la pax porfiriana, influyentes líderes de opinión hacían de la prensa una tribuna doctrinaria para la cual no existían medias tintas. Se seguía arrastrando el ADN decimonónico de la segmentación social, política e ideológica entre conservadores y liberales, en donde los matices se desdibujaban en la medida que el proceso de inclusión/exclusión se agudizaba. De ahí el persistente fantasma del maniqueísmo. Es así que para nadie era desconocido que la calle del Olivo representaba una frontera liminal hacia el oriente: era el límite entre el adentro y el afuera, o entre lo viejo y lo nuevo, entre lo tradicional y lo moderno, entre la mancha urbana consolidada o “ciudad total” y el ambiente suburbano fragmentado (Padilla y Flores, 2000) [15] (Fig. 2). Pero Samuel Chávez optó por una fórmula conciliadora al disponer en su proyecto una estructura urbanística que articulaba todas las nuevas colonias del oriente y a la vez establecía ligas simbólicas con la “ciudad antigua” a través de un sistema latente de referencias visuales y planimétricas. En este tenor, tras el modelo de manzanas en malla cuadrangular girada más o menos 56° respecto de los ejes cardinales, estructurada tanto por avenidas y calles diagonales como por plazas y glorietas, se observa que aquella solución conciliadora se manifestó en la doble valencia del entramado parcelario, pues las caras de las manzanas que daban al noroeste y suroeste “volteaban” sus paños de fachada hacia la ciudad antigua, mientras que los paños de las caras opuestas noreste y sureste miraban hacia el nuevo suburbio y al paisaje abierto. El adentro y el afuera, el atrás y el delante conjugados en una misma solución. O, como diría Gravano (2003:29) [14], la vitrina urbana (las nuevas colonias) y el traspatio (la ciudad vieja), que no obstante Samuel se guardó de ocultar para en cambio llegar a él por los corredores (el sistema de vías articuladoras). Como frecuentemente sucedía en una casa tradicional de patio, el traspatio también podía verse desde el zaguán (el sistema de referencias visuales).

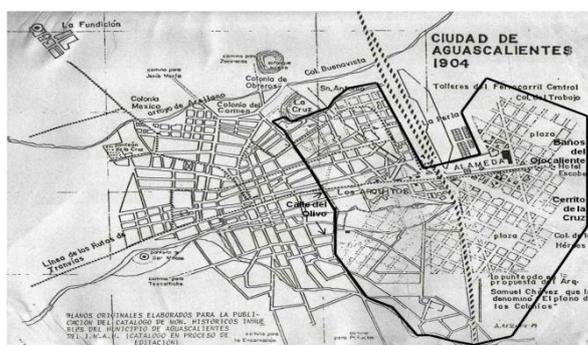


Figura 2. La ciudad de Aguascalientes en 1904. El polígono en línea gruesa indica la superficie urbana aproximada que comprendía las colonias del oriente y el Plano de las Colonias de Samuel Chávez. Fuente: elaboración propia sobre un plano de Alfonso Resendiz, 1985 [16].

Nuevamente con Gravano (2003:31) [14], “Los delantes y atrasos quedan planteados como estigmas o utopías, reformas o esencias ahistóricas, territorios y flujos de comunicación e identidad, de los que la ciudad es no sólo escenario, sino referente emblemático”. Hubiese sido deseable conocer si el imaginario colectivo de la época

confirmó o no este “programa” de Samuel. Si un ámbito como lo fueron los Talleres Generales de Construcción y Reparación de Máquinas y Material Rodante del Ferrocarril Central Mexicano, fue uno de los detonantes del desarrollo y expansión urbana hacia el rumbo de la hacienda del Ojocaliente –el otro fue la Gran Fundición Central Mexicana–, cabría esperar que en el Plano de las Colonias encontrásemos pistas del peso que en el diseño Samuel Chávez otorgó a la relación producción-trabajo/recreación con sus respectivos medios de producción/reproducción social y de representación simbólica; es decir, que en la lectura del plano hallásemos elementos o pistas para entender la significación espacial que Samuel otorgó a los talleres, a la vivienda obrera, al valor emblemático (de ornato) de la vivienda de elite, así como a la Calzada Arellano (la Alameda), a las amplias avenidas, plazas y glorietas, más allá de sus connotaciones higienistas. Beezley (1983:266) [17] es de la opinión de que hacia 1890 los mexicanos –nosotros precisaríamos que más bien los sectores medios y la elite– habrían abrigado en su vida cotidiana una confianza afianzada en la tranquilidad política y el éxito económico del régimen porfirista; se trataba, dice, de “un sentimiento popular, vago, pero profundo” al que denomina “persuasión”, la cual “podía verse mejor en el auge de los deportes y entrenamientos”. Según este parecer, los modelos de comportamiento de Europa y de los Estados Unidos permearon –sobre todo– entre la población de las ciudades, y en particular en los extranjeros radicados en México, en donde las actividades lúdicas y recreativas habrían alcanzado hasta cierto estatus de distinción. Así, “La élite mexicana adoptó el estilo de las recreaciones de la alta sociedad norteamericana e inglesa” (Beezley, 1983:269) [17]. En las nuevas colonias del oriente, habitadas a la postre tanto por población obrera (Colonia del Trabajo) como por una buena cantidad de inmigrantes, así técnicos como inversionistas (Colonias Héroes y Buenavista, pero también la Ferronales), miembros de las burguesías comercial e industrial y propietarios de haciendas, las actividades recreativas se desarrollaron bajo un patrón distinto al de las actividades tradicionalmente aceptadas en México, como las carreras de caballos, las charreadas y las corridas de toros, preñadas de ritual, diversión y exhibición (Beezley, 1983:273) [17]. Las principales diversiones en Aguascalientes en el siglo XIX, de las que da cuenta Vicente Esparza (2007) [18], es decir, la fiesta brava, peleas de gallos, teatro, cine, zarzuelas, serenatas, audiciones, tertulias, la “función” de San Marcos, se habían desarrollado en el seno mismo de la ciudad antigua. En la Calzada Arellano, en cambio, un nuevo tipo de ritual exhibitorio tendría lugar a lo largo del generoso paseo. Existe evidencia histórica de que desde 1884 un particular llamado Manuel Noriega, “deseando engrandecer mas el paseo establecido en la Estacion del Ferrocarril central en esta ciudad, y darle el mayor lucimiento posible á fin de que los concurrentes tengan en que distraerse mas”, solicitó autorización del Ayuntamiento para “establecer en la alameda y en el punto mas conveniente entre la Estacion dicha y los baños grandes varios aparatos gimnasticos, como trapecios, columpios, trampolines y otros por el estilo que sirvan de ejercicio á los concurrentes y una loteria de baraja en que se rifen algunos objetos y dinero”, petición que, a excepción de la baraja, le fue concedida por el término de cinco años, en un tramo de 100 metros de longitud.¹ Y algunos años después, en 1891, Jacobo Jayme, representante de la Compañía de Tranvías del Comercio, pretendió establecer los domingos “un juego de parejas de caballos en la Alameda [...] sin mas objeto que aumentar el movimiento de pasajeros por aquel rumbo y hacer una distraccion para los vecinos de esta Capital”.² Es decir, antes de que se reformase el paseo del Ojocaliente, el concepto de recreación estuvo más enfocado en ejercitar el cuerpo y las habilidades personales que en la exhibición pública del estatus “elegante”, lo que comenzó a despuntar con subsecuentes solicitudes al Ayuntamiento, como la que hizo en 1894 el francés Juan Lançon, vecino de la villa de Guadalupe en Zacatecas, que pretendía establecer un “Restaurante de estilo moderno y con las condiciones higiénicas indispensables”, que además de su utilidad “contribuirá al embellecimiento y ornato del lugar”. Sólo tenemos evidencia de que el Ayuntamiento convino en aceptar dicha solicitud, pero no sabemos si realmente el edificio susodicho se levantó,³ aunque no es difícil imaginar que a partir de entonces varios inversionistas visualizaron el potencial de la Calzada Arellano, y más tarde de todo el desarrollo urbanístico, como virtual vitrina del proceso de “extranjerización de los gustos” y de las formas de vida y habitabilidad correspondientes, como más tarde lo atestiguaría la edificación del Hotel Escobedo, de impronta afrancesada, y algunas mansiones de la elite, a pesar de lo cual la rúa se mantenía como “uno de los sitios de recreo mas [sic] concurridos por los habitantes de la ciudad”,⁴ y no sólo como un paseo elegante.

Un testimonio más de lo anterior se produjo cuando en marzo 6 de 1908 dos particulares solicitaron al Ayuntamiento se les concediera la exclusiva para el “establecimiento y construcción perfecta” de palcos y “lugares apropiados para el servicio público”, toda vez que se habían preparado “carreras de interés y otras fiestas” en la próxima función de San Marcos (la hoy famosa Feria Nacional del mismo nombre), por lo que los peticionarios proponían destinar cien pesos por la concesión y reservar un palco para la comitiva oficial, “siempre que se nos conceda el uso de las tribunas construidas por el Ayuntamiento en años anteriores y la madera que para el palco Oficial tiene dispuesta”. La corporación municipal aprobó la solicitud una semana

¹AGMA, Fondo Histórico, Ramo Deportes. Caja 20, Exp. 30-10, 1884.

²AGMA, Fondo Histórico, Caja 90, Exp. 21, 1891.

³AGMA, Fondo Histórico, 206, Exp. 18, noviembre 14 de 1894.

⁴AGMA, Fondo Histórico, Caja 306, Exp. 63, octubre 27 de 1905.

después, pero sólo concedió la colocación de los dichos palcos en un solo lado de la “pista” de la Calzada Arellano, resolución que no convino a los intereses de los proponentes.⁵ Por otro lado, la misma situación geográfica de los talleres los hacía, en el proyecto de Samuel Chávez, quedar abrazados por las colonias en prácticamente todo su perímetro, salvo en el vértice más extremo del polígono que los confinaba, que con cierta desviación tiraba al norte. De hecho, la mayoría de las arterias de todas las colonias previstas remataba en el enorme complejo ferroviario, y además aquí también al menos dos de las orientaciones de la cuadrícula habitacional de la Colonia del Trabajo miraban “casualmente” hacia dichas instalaciones, subrayando la estrecha conexión entre la producción y el trabajo, mientras que en la Colonia Héroes una miraba hacia ese borde gigantesco y la otra hacia la dirección en que se encontraban los Baños Grandes del Ojocaliente. El resto de las orientaciones de las cuadrículas ofrecía sus fachadas o al paisaje natural o a la traza de la ciudad vieja. La industria ferroviaria, signada por una relación producción/trabajo específica, implicaba la adopción de una tecnología que no carecía de connotaciones importantes: el progreso, la velocidad y la modernidad eran sus valores. El ferrocarril, dice W. Beezley (1983:278 y 280) [17], “señalaba el ingreso de la sociedad a la tecnología; la bicicleta señalaba el mismo fenómeno pero en el nivel individual”. En cualquier caso, recreación y trabajo tenían como denominador común el cuerpo, en un caso para su liberación lúdica, en el otro para su explotación con vistas a la extracción de plusvalor y, por ende, de plusvalor.

Mal que bien, la actitud de la elite católica local hacia el trabajo no podía dejar de sustraerse a los lejanos ecos de la ética de la casta de peninsulares que habían regido los destinos de la villa de Aguascalientes en el siglo XVIII, de donde procedían muchos de los contemporáneos de los Chávez e incluso ellos mismos (E. A. Chávez, 1946:185),⁶ [19] y cuyos rasgos esenciales eran, extrapolando lo escrito por Pérez Vejo (2007:200-209) [20] para los montañeses de Cantabria que vinieron a América, una suerte de autoconciencia de superioridad moral fundada en el sentimiento de que eran “mejores y más religiosos”, pues manifestaban “un comportamiento intachable” y “una piedad religiosa extrema”; es decir, “una ética protestante de amor al trabajo y [un] ascetismo religioso, que valora el éxito económico como signo de protección divina y de superioridad moral y que les permite acumular fortunas considerables”. Este aspecto es confirmado por la autora local Martha Lilia Sandoval (2010) [21], cuando afirma que la idiosincrasia de la región centro occidente de México, en la que se incrusta Aguascalientes, “ha sido marcada de una manera general por un mayor apego a la tradición hispánica y una persistente religiosidad”. Si bien las arcas de los Chávez Lavista nunca fueron demasiado abultadas, los hermanos Samuel y Ezequiel sí que compartían los demás rasgos que acabamos de mencionar, aunque desde la óptica del catolicismo. En su acendrada religiosidad, tanto uno como el otro hermano involuntariamente dejaban aflorar estos sentimientos, y su actitud frente al trabajo bien poco debió diferir de la que estaba en boga en el medio católico, que abrazaba la causa de la participación política de los obreros “con el fin de establecer la «democracia cristiana»” (Pani, 2001:158) [22]. Y si en el caso de los Chávez no la participación política, sí al menos el mejoramiento de los obreros, como lo prueban dos hechos relatados por el arquitecto Nicolás Mariscal, contemporáneo de Samuel: el del trabajo de éste como “simple obrero” en “talleres incómodos y malsanos” de los Estados Unidos del Norte de México, a donde el “profesor” (que así era llamado) se había dirigido con el afán de hacer las gestiones para patentar “aparatos y esquemas” por él diseñados, y en cuyo ínterin por las circunstancias se vio obligado a trabajar de noche para solventar los gastos de su estancia en ese país; así como también su iniciativa de fundar academias de dibujo para los trabajadores “en los cuatro puntos cardinales de la ciudad de México”, en las que “se enseñara a los obreros el modelado y aun lo necesario para perfeccionarse en sus oficios, siempre basándose en el conocimiento y práctica del dibujo” (Mariscal, 1937: 15-16).⁷ [23] En el fondo, actitudes como ésta, sin duda loables y propias de la caridad cristiana, no dejaban de revelar cierta concepción pietista y paternal de la elite, aunque en esencia reproducían el estado de cosas reinante, en donde la fuerza de trabajo del obrero –su cuerpo– era explotada como mercancía, por mucho que Ezequiel pugnara por conciliar, en su peculiar visión mística de la religión, la razón y las emociones, esas que veía escindidas y fragmentadas en la “nueva realidad corporal de las sociedades modernas que se sostienen en la competencia y el estrés” (Durán, 2011:187) [24]. Reflexiones prácticamente contemporáneas a las disquisiciones de Ezequiel sobre el cuerpo lo fueron las de Horkheimer y Adorno (1998/1944/1947:277) [25], para quienes el cristianismo exaltó el trabajo “pero, en compensación, humilló tanto más la carne como origen de todo mal”. Así, “El cuerpo explotado [id. est, el trabajo] debía ser para los inferiores lo malo, y el espíritu, al que los otros podían dedicarse, lo más alto”. La condena de la carne por parte del poder “no era más que el reflejo ideológico de la opresión ejercida...” ¿sobre quiénes?: sobre los

⁵AGMA, Fondo Histórico, Caja 25, Exp. 346, 1908.

⁶El propio Ezequiel Chávez emprendió la ardua tarea de la investigación genealógica de sus antepasados, para lo cual se apoyó en la asesoría erudita de José Ignacio Dávila Garibi. De resultados de lo anterior, menciona entre sus ancestros del siglo XVI a Don Leonardo Fragosó, cuyo apellido, muy arraigado por cierto en la zona de los Altos de Jalisco, al parecer provenía de Galicia en España, zona muy próxima a la de los montañeses de Cantabria, en quienes, siendo cristianos viejos, se acusaban más los rasgos cuasi ascéticos de la ética protestante.

⁷En el lugar en el que trabajó como obrero sus habilidades y conocimientos le permitieron realizar con mayor celeridad sus tareas, cosa que le acarreó cierta animadversión de los demás trabajadores, a quienes terminó ganándose al ofrecerles su ayuda para que cumplieren sus respectivas tareas.

trabajadores. Más allá de las genuinas intenciones de los hermanos Samuel y Ezequiel, esta correlación metafórica entre el cuerpo y el trabajo informaba el discurso religioso, sobre todo el de la jerarquía eclesiástica: la explotación de los obreros debía verse como penitencia, como una mortificación del cuerpo que recibiría su recompensa en la vida eterna, en tanto en el mundo terreno la resignación apaciguaba las almas enfermas; en la Encíclica *Rerum Novarum* (León XIII, 1891:7) [26], en su apartado del Trabajo, relativo a la “cuestión obrera”, se afirmaba que: “A los pobres les enseña la Iglesia que ante Dios la pobreza no es deshonra”. Señala Savarino que lo que permite al catolicismo mantener una multiplicidad de niveles “es su fundamental formalismo, es decir, su manifestación como religión pública, comunitaria, que reconoce en el vínculo entre creyentes, expresado en el rito, un valor superior al contacto de la conciencia individual con la divinidad. Éste es el meollo del contraste entre el catolicismo y el liberalismo burgués, en la medida en que éste pretendió fundamentar el orden social en el sujeto-individuo, separado y autónomo de toda dimensión orgánica de la vivencia social” (Savarino, 1996:624) [27]. El poderoso podía, ciertamente, solazarse con los frutos del trabajo pero eso no le eximía de mostrar caridad o conmiseración, esto es, una suerte de piedad “modernizada” y en cierto modo desacralizada al desarticular el sentido comunitario de la devoción para tornarlo en mero ritualismo artificial individualista, que animaba a la élite católica y que convertía el paternalismo religioso en virtud, pues ésta es “un patrimonio común al alcance, por igual, de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los proletarios: pues sólo a las obras virtuosas, en cualquiera que se encuentren, está reservado el premio de la eterna bienaventuranza” (León XIII, 1891:7) [26].

En esta línea de interpretación, para los hermanos Chávez el trabajo como un discurso velado sobre el cuerpo, aparecería sublimado. De ahí, en Samuel, la tensión establecida entre los ejes de la vida y la muerte en el “cuerpo urbano” del Plano de las Colonias, representados por los cuerpos de agua (los manantiales, el estanque) y el cuerpo de Cristo (los monumentos a la cruz).⁸ Y de ahí, en Ezequiel, su digresión sobre lo corporal afinada y dada a la imprenta hasta 1946, es decir, de manera casi simultánea a la famosa *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno, en cuyas páginas se puede leer un “apunte y esbozo” acerca del cuerpo. No en balde aseguran estos autores que “Las conquistas de la civilización son fruto de la sublimación, del odio-amor adquirido hacia el cuerpo y la tierra” (Horkheimer y Adorno, 1998/1944/1947:279) [25]. Las marcas del espacio urbano, así sean las codificadas desde el proceso de concepción hasta el de la ejecución de su correspondiente planimetría, son a su vez indicios de connotaciones más complejas. No ha sido de ninguna manera infrecuente que en un plano sus promotores y realizadores impriman códigos de sentido subordinados a una idea religiosa, política o ideológica determinada (Sifuentes y Parga, 2015) [28]. Según sea la organización sintáctica de las claves geográfico-territoriales, en un mapa o plano pueden decirse muchas más cosas que simples distancias y formas del terreno. Ya lo había asentado Alessandra Russo (2007:4) [29], “el dibujo de un territorio inventa también el territorio”. En uno de sus artículos, la recientemente finada Eulalia Ribera (2003) [30] comentaba que “Las ciudades ligadas a los sectores más dinámicos en términos de producción y comercio requerían de un orden espacial distinto adecuado a las nuevas exigencias económicas, pero también, a las ideológicas que imponían normas, modas y gustos estéticos”. Dicha expresión bien podría aplicarse a sectores específicos de una ciudad, como fue el caso de las colonias del oriente de Aguascalientes, plasmadas todas en el Plano de las Colonias. En efecto, la élite política y social de finales del siglo XIX y principios del XX requería para afirmar su dominación cultural e ideológica de un nuevo orden espacial que tradujera en la ciudad la dicotomía entre el atraso y el progreso, lo cual, como vimos párrafos arriba, se manifestó en el distinto parcelario y viario adoptado para las colonias del oriente. El centenariamente probado modelo de la cuadrícula novohispana, deformado o ajustado que fue en el caso de la villa de Nuestra Señora de las Aguas Calientes (la denominación original, plasmada en la cédula de fundación del siglo XVI, era “villa de la Ascensión” de Nuestra Señora de las Aguas Calientes; ver José Antonio Gutiérrez, 1999) [31], y que produjo numerosas manzanas cuadriláteras irregulares en varias de las cuales, no obstante, puede reconocerse la voluntad “filipina” —sólo eso— de formar cuadros menos deformes, a pesar del comentario del Dr. Jesús Díaz de León, que afirmaba que “Apenas habrá dos cuadras que tengan la figura geométrica de un cuadrilongo”, ya que el plano de la ciudad revela “un mosaico de figuras geométricas formadas por las cuadras, pues en ellas se descubren todas las variedades de los cuadriláteros y los polígonos” (Díaz de León, 2006/1888:80) [32];⁹ aquel modelo de cuadrícula, decíamos, se desarrolló siguiendo las orientaciones cardinales (con una desviación aproximada de 16° al oeste del norte), mientras que para las nuevas colonias Samuel Chávez eligió una orientación distinta, girada aproximadamente 40° respecto a la traza antigua (40° + 16° = 56°), característica que confirma Eulalia Ribera para la ciudad de México en 1900 al hablar de las colonias para residencias de las “oligarquías del régimen”, que, a diferencia de las demás, se construyeron “en retículas desfasadas diagonalmente del eje norte-

⁸Las novelas de Eduardo J. Correa, que debieron conocer Samuel y Ezequiel, rezumaban una concepción de la ciudad provinciana muy opuesta a la de las grandes metrópolis, consideradas por él como lugares de estandarización y mecanización; por el contrario, en la perspectiva de Correa las ciudades del interior preservaban los valores éticos católicos. Ver M. L. Sandoval (2010) [21].

⁹Basados en esta observación del ilustre hebraísta, varios historiadores y fuentes locales persisten en la idea inexacta del trazado de “plato roto” de la ciudad de Aguascalientes. Sobre esto, estamos actualmente desarrollando un texto que esclarece este tópico polémico.

sur y por lo tanto del acomodo tradicional de la traza del modelo colonial que seguía los cuatro puntos cardinales” (Ribera, 2003) [30]. En cierto modo, podríamos afirmar que ese giro de la cuadrícula sugería per se el empleo de la diagonal, pues con respecto a lo que la gente estaba habituada (a experimentar cotidianamente la vivencia de la orientación cardinal), una malla escorzada, en cambio, tenía que ser percibida de manera diferente. Todo al poniente de la calle del Olivo representaba lo anquilosado, lo viejo, la “levítica villa colonial” de aspecto lúgubre y “monacal”, en suma el atraso de una sociedad que ya no se correspondía con los signos de los tiempos. Por el contrario, los nuevos desarrollos representaban lo moderno, lo civilizado, eran la mejor muestra del grado de avance y progreso en el que estaba sumido Aguascalientes, con sus modernas instalaciones ferroviarias, sus fábricas y molinos más avanzados, sus novedosas infraestructuras y amenidades, como los tranvías y el alumbrado eléctricos, como la Calzada Arellano con sus hospitales, más tarde con un hotel “digno de la mejor sociedad”, y por supuesto, con algunas de las residencias de la elite. ¿Y quién sino la oligarquía local que detentaba el poder había cristalizado en la zona los beneficios de la civilización? Sin duda el espacio urbano era también una proclama ideológica, un discurso del que se beneficiaba políticamente aquella. Con todo, encontramos indicios en la organización sintáctica del Plano de las Colonias que nos indujeron a pensar que Samuel Chávez, aún consciente de los anteriores argumentos, deliberadamente intentó conciliar esa dicotomía entre el atraso representado por la vieja traza y el progreso representado por la nueva, lo cual quedó plenamente demostrado con un “Croquis de Planificación” localizado por nuestro colaborador J. Refugio García Díaz en el Acervo “Alejandro Topete del Valle” de la Biblioteca Pública Central “Centenario Bicentenario” de la ciudad de Aguascalientes, en donde explícitamente Chávez completó la expresión al escribir la leyenda: “... de la ciudad de Aguascalientes para su transformación hacia el oriente de la calle del Olivo en conexión con la ciudad antigua”. Su proceder no debía extrañarnos, pues su familia, aun no siendo de la alta aristocracia, había pertenecido a un sector importante y respetado, no carente de blasones pero cuya buena posición debió mucho al esfuerzo y sin duda a la astucia política propia del “clan Chávez”; asimismo, hubo habitado en el corazón mismo de la ciudad, de tal forma que ¿por qué habría de negar de modo absoluto esa sociedad y esa ciudad clerical que lo vieron nacer y en las que transcurrieron sus primeros diez años? La conciliación, pues, parecería ser la salida al conflicto, lo que quedó plenamente probado en nuestro análisis del sistema de referencias visuales y planimétricas. Más allá de consideraciones pragmáticas dictadas por la necesidad de congeniar, para beneficio de las inversiones comprometidas por la COCOHA,¹⁰ las trazas particulares de los diversos desarrollos habitacionales que en conjunto integraron el Plano de las Colonias, al conectar la ciudad antigua con la moderna del oriente capitalino, tanto visual como urbanísticamente, Samuel reconocía el valor de su pasado y lo que para él significaba la tradición, pero al mismo tiempo fue muy consciente de los valores de la modernidad al confeccionar un proyecto que debe contarse entre los primeros realizados en el país en el naciente siglo XX, en donde prácticamente sentó la primer simiente del racionalismo científico a nivel urbano, si bien preñado aún de los conceptos higienistas y de ornato.

En nuestra pesquisa sobre la prensa de Aguascalientes en el último tercio del siglo XIX pudimos encontrar evidencia del empleo de una variante de la metáfora de la ciudad como cuerpo. En 1899 el Inspector General de Instrucción comisionó a la profesora María Jiménez a efectos de que pronunciara un discurso “para indicar la manera de enseñar Historia Natural”, comisión de la que honestamente ella se declaró incapaz, adoptando sin embargo el recurso de parafrasear “los métodos que algunos ilustres pedagogos, han puesto en práctica”, en particular uno muy en boga por esos años: el de Norman Allison Calkins, quien en uno de sus más demandados libros –incluso usado como libro de texto en las escuelas mexicanas de primera instrucción– llegó a afirmar que “El cuerpo, esa habitación en que cada ser humano vive, es una de las cosas más notables y curiosas de la creación” (Calkins, 1879:336 [33]; ver también *El Republicano*, 1899:3 [34]). Desde luego, llama la atención la analogía del cuerpo como habitación: así como al cuerpo hay que cuidarlo y mantenerlo sano, así también la habitación, que en nuestro caso puede extenderse al organismo entero de la ciudad. En el siglo XIX el proceso de saneamiento urbano corrió paralelo al de higienización del cuerpo “y de las maneras”, que: [...] genera un blanqueamiento simbólico de la ciudadanía que homologa la suciedad con la barbarie y ésta con las razas no caucásicas. Un proceso similar al que se produce en las principales ciudades [...]: modificación de la estructura urbanística de las ciudades, canalización de ríos, creación de sistemas ferroviarios, instauración del sistema de cloacas, de paseos públicos, fundación de auspicios [sic], de hospitales psiquiátricos, de ancianatos, cementerios, etc. (Díaz, 2010:82-83) [35].

Olivia López (2009:2) [36] es de la opinión de que “Durante el siglo XIX mexicano, particularmente en la segunda mitad se construyó una noción de cuerpo productivo, sano, medido y auto disciplinado”. En esta concepción tuvo un rol esencial la ciencia médica de entonces, que heredó una noción de cuerpo “integrado con la naturaleza, cuyo funcionamiento estaba íntimamente ligado con la geografía del lugar, con la humedad, con la altura y la vegetación” (López. 2009:2) [36], como se puede constatar en el estudio de la higiene del Dr. Díaz de León y con el Código Sanitario de Aguascalientes del año de 1908.¹¹ Complementariamente, a nivel metafísico-

¹⁰Compañía Constructora de Habitaciones de Aguascalientes.

¹¹Que puede consultarse en AHEA, Fondo Secretaría General de Gobierno, Caja 11-1, Exp. 6, 1908.

psicológico predominaba entre la elite de intelectuales y profesionistas toda una concepción del valor de la construcción corporal influenciada por la frenología de la época, por la cual se asumía la unidad entre el cuerpo, el alma y el espíritu, sobre todo en la medida que estos conceptos estaban cruzados de la mística religiosa, que fue el caso de Ezequiel A. Chávez, fundador de los estudios psicológicos en México. El siglo XIX fue el momento, de acuerdo con Sergio López Ramos, “de definición acerca de las imágenes y significados que se imponen sobre el cuerpo humano, lo que debe de tener y lo que se suponía debía de hacerse ante cual o tal condición” (citado por Durán, 2011:152) [24]. A principios del siglo XX el pensamiento de la época asumía que al cuerpo “había que otorgarle placer, satisfacción, comodidad, estética”, pero también sobrevivía en ciertos círculos la influencia del “esquema espiritista”, que representaba la respuesta “a una profunda necesidad social, de magnitud universal, aunada en México a ese momento histórico concreto de finales del siglo XIX, de unir y fusionar los aspectos religiosos con las cuestiones racionales y científicas, las bases sobre las que se fusionaba la estructura de progreso del ser humano” (Durán, 2011:155 y 161) [24]. Si bien el marxismo –que no necesariamente Marx– sentenció que la superestructura político-ideológica, con las ideas como una de sus formas de expresión, estaba determinada por las condiciones de reproducción de la vida material, que tienen a los modos de producción y las fuerzas productivas como sus soportes, en el espíritu de los textos originales de Marx esto sólo ocurría a un nivel alto de abstracción en el pensamiento, mientras que en la praxis concreta, a nivel de las formaciones sociales históricas, el movimiento podría presentarse de manera recíproca, por lo que en este sentido nos parece pertinente la posición del filósofo J. M. Briceño (1997:7-17) [37], quien implica que ciertos discursos pueden llegar a determinar la interpretación de la realidad social, la fijación de metas, la concepción del arte y el despliegue de programas de acción. En este tenor, estimamos que la “conducta” o el “comportamiento” especulativo de Samuel Chávez como director-gerente de la COCOHA es sólo un ángulo de la compleja urdimbre psicológica de un hombre de entre siglos que era trascendido por un conjunto de ideas motrices –cónsonas con un determinado estado de las relaciones de producción– que permeaban en el sistema de ideas de su tiempo, al grado de motivar la confección de un programa político-ideológico ya más ya menos deliberado o consciente. No sería pues de extrañar que Samuel, como su hermano Ezequiel implícitamente lo exponía en sus reflexiones sobre la sensibilidad, la identidad y la psicología del mexicano, deseara que los connacionales “fueran modernos” y que aprendieran y mostraran “conductas racionales” ante las condiciones sociales (cfr. Durán, 2011:186) [24]. Los significados que implícitamente aparecen en el Plano de las Colonias permitieron suponerlo, en donde pudimos constatar todo un discurso sobre el cuerpo en varios niveles, posibilitado por el examen “sintáctico” de sus códigos de representación gráfica y por las relaciones establecidas entre los elementos urbanos que componían su “gramática”. En este sentido nos preguntamos, ¿influyó en algo la persistente metáfora de la ciudad decimonónica como cuerpo susceptible de medicalización, en los ejercicios de diseño de Samuel y en las primeras reflexiones de su hermano Ezequiel sobre lo corporal? Como apuntamos previamente, Sergio López Ramos afirma que Ezequiel “pudo ver la nueva realidad corporal de las sociedades modernas que se sostienen en la competencia y el estrés” (citado en Durán, 2011:187) [24] e incluso quiso evitar la fragmentación de lo psicológico y lo orgánico cuando, en uno de sus textos, recuperado por López Ramos, afirma que lo orgánico modela y reacciona sobre el pensamiento, a la vez que es en lo que se apoya este último (citado en Durán, 2011:187) [24]. La preexistencia de los dos establecimientos de baños públicos en el oriente de la ciudad para las abluciones lúdicas y salutíferas del cuerpo (respectivamente, los “placeres” de los Arquitos y las tinas terapéuticas del Ojocaliente), unidos en el eje urbano de la Calzada Arellano y aunados a los dos baños para hombres y mujeres construidos entre 1893 y 1894 al inicio del trayecto de este paseo,¹² a ambos lados de tal eje, a efectos de evitar el aseo al aire libre en las aguas de la acequia (es decir, la regulación moralista de las prácticas de higiene corporales), más los dos hospitales levantados en sus inmediaciones, el del Ferrocarril Central y el Militar (la sanación de los cuerpos enfermos), así como el diseño general de calles, del verdor arbóreo y de las infraestructuras para dotar de un ambiente salubre, a la vez que elegante, a los grupos humanos, revelan toda una “pedagogía de lo corporal”¹³ en el espacio, con la que se pretendía inducir a los pobladores a desarrollar modelos de habitabilidad propios del progreso que se pregonaba en el país y dignos de una nación “civilizada”.¹⁴ Dicho sea de paso, Verónica Zárate Toscano (2003) [38] ha trabajado también el

¹²El 31 de mayo de 1893 se aprobó en sesión de cabildo la solicitud que al efecto había hecho la Junta Especial de Beneficencia, promotora y responsable de la obra. Ver AGMA, Fondo Histórico, Caja 20, Exp. 194, 1893. Poco tiempo después, el ejecutivo del Estado ponía a disposición del Ayuntamiento, para su vigilancia, “las albercas ó baños públicos” referidos, que para mayo de 1894 ya estaban concluidos, y cuyo uso debía ser “permanentemente gratuito para el pueblo menesteroso”. “Casualmente”, el ente promotor de dichos baños, que era Rafael Arellano Ruiz Esparza, fungía a la sazón como presidente de dicho organismo. Cabe señalar que la dirección de obra de un lavadero contiguo al departamento de mujeres estuvo a cargo del arquitecto José Noriega, poco antes de su muerte, personaje que adquirió notoriedad por haber proyectado cuatro de los principales teatros de ópera en México. La ceremoniosa inauguración de estos baños tuvo lugar el 5 de febrero de 1895. Ver AGMA, Fondo Histórico, Caja 30, Exp. 204, 1894.

¹³Hemos decidido conservar la denominación “pedagogía” por su mayor familiaridad léxica, aunque la expresión correcta debería ser “andragogía”, que se refiere a los procesos de enseñanza-aprendizaje de los adultos.

¹⁴No obstante estas buenas intenciones, para 1915 seguía padeciéndose esta costumbre, como lo consigna en julio de ese año un informe del inspector de salubridad, Jesús Mora Lastra, en el que reporta que el agua proveniente del acueducto del Ojocaliente llegaba sucia a los baños

concepto similar de “pedagogía cívica” para referirse a la construcción de un discurso sobre el espacio público, particularmente centrado en monumentos cívicos. Pero todavía más allá, si entendemos por “urbema” el espectro semántico global de un texto urbano, que puede ser un barrio, una plaza, una avenida, una esquina o un monumento, pues como dice Rocco Mangieri (2001:96) [39]: “La misma forma de los edificios, su disposición espacial, las formas urbanas de conjunto, las calles y avenidas, los elementos o hitos conmemorativos (monumentos, símbolos arquitectónicos) son verdaderas unidades del discurso” que organizan las diversas narrativas urbanas construidas por los habitantes en tanto lectores in urbis; si esto es así, decíamos, los urbemas que conforman toda esa narrativa de lo corporal en el espacio pueden ser interpretados como un metadiscurso simbólico que probablemente no estuviese de modo explícito en la mente de Samuel, pero sí que lo estaba en el “ambiente intelectual” de la época. Las traspolaciones del cuerpo físico al “cuerpo espiritual” no sólo fueron frecuentes en Ezequiel A. Chávez, aspecto revelado por las reflexiones filosóficas de éste y recientemente puestas de relieve por Anaya Merchant (2002:65-70) [40], sino también en la filosofía y el espiritualismo de finales del siglo XIX. La de “los rectificadores” de la historia (así llamados por Anaya), a la que pertenecieron tanto Samuel como Ezequiel Chávez, fue una generación:

[...] que vivió un ambiente especial. Ellos nacieron hacia el final de la guerra civil de los «tres años» o coincidiendo con la intervención francesa o el segundo imperio y terminaron su maduración intelectual cuando iniciaba otro largo período de violencia que no tuvieron tiempo de pronosticar. Católicos, ninguno –quizá por el importante lugar íntimo que le asignaban a la religión– estuvo dispuesto a renunciar a su religiosidad ni a dejar de sostener algún tipo de resabio cientista y metafísico para su modo de concebir la vida, lo que sería relevante para su formación intelectual (Anaya, 2002:66) [40].¹⁵

Pronto esta generación se vio sacudida por “una creciente cauda de religiones, filosofías y conocimientos recién importados del viejo continente y de Norteamérica”, entre ellas el nombrado “sistema medio”, asociado con cierto espiritualismo trascendentalista o bien con los filósofos “de la «ciencia sintética» o de la providencialidad humana”, por cuyas discusiones Ezequiel Chávez, según Anaya (2002:66-67 y 69) [40], “se sintió peculiarmente atraído”. Ante la carencia de abundantes escritos de Samuel, en nuestro análisis “sintáctico-morfológico” del Plano de las Colonias pudimos extrapolar la pedagogía espacial de lo corporal de la que hablamos anteriormente, a un nivel consecuente con las disquisiciones que flotaban en el enrarecido pero estimulante ambiente intelectual de finales del siglo XIX, que muy probablemente absorbieron ambos hermanos, incluso

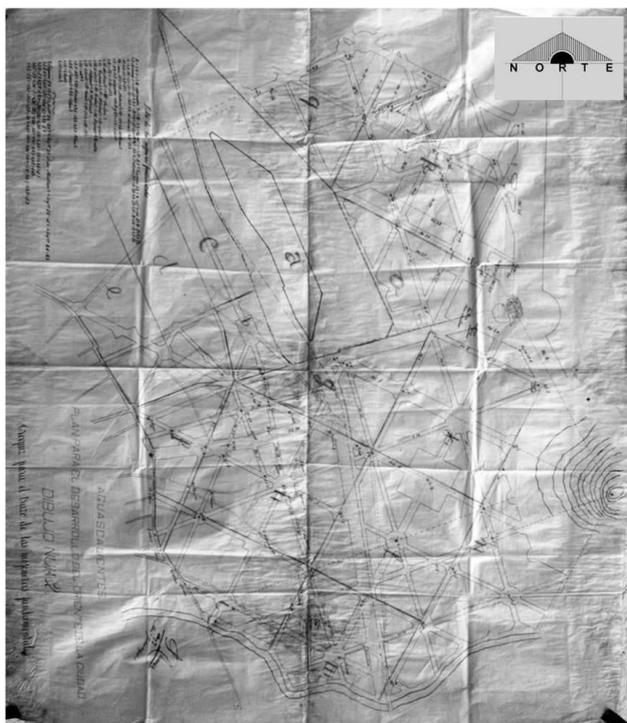


Figura 3. Plano de Mojoneras Fundamentales perteneciente a la cartografía del Plano de las Colonias, Samuel Chávez, julio de 1901. Fuente: APMAS, Fondo SCHL.

desde la niñez, pues, como dice Anaya (2002:32) [40], “es plausible suponer que los sentimientos místicos hayan sido cosa antigua entre los Chávez”.

De las dos direcciones dominantes de los ejes que organizan la estructura de vías y nodos, perpendiculares entre sí, la del sureste-noroeste correlaciona en sus extremos elementos del paisaje natural y urbano que establecen un simbolismo complejo desarrollado en cadenas de significado a través de analogías múltiples, pues en un nivel connotativo uno de aquellos ejes conecta la Presa El Cedazo y el Estanque de la Cruz, con sentidos ambivalentes: tanto son cuerpos de agua para la vida de las huertas y para actividades lúdico-corporales de los habitantes, como representaciones del cuerpo de Cristo con los sendos monumentos a la cruz del Estanque y del Cerrito, este último expresión misma del Gólgota y deliberadamente señalado por Samuel como uno de los ejes estructurantes y como referencia visual en el paisaje natural y urbano, según se puede constatar en el croquis de planificación de Samuel Chávez antes citado, y de manera aun más contundente en el plano de “mojoneras fundamentales” (Fig. 3) aparecido entre los papeles del archivo personal de nuestro arquitecto. Los sintagmas aquí juegan, pues, con el par vida-muerte: la cruz es muerte pero a la

vez redención, resurrección y promesa de salvación, es decir, un volver a la vida, en este caso de las huertas y

públicos gratuitos (motivo por el cual en esa fecha dichos baños se encontraban clausurados), cosa que sólo se podría evitar impidiendo “que en la acequia descubierta se bañen las personas y se lave ropa”. Ver AGMA, Fondo Histórico, Caja 7, Exp. 866, 1915.

¹⁵Cursivas nuestras.

por extensión de los humanos. En la dirección opuesta suroeste-noreste, uno de los ejes estructurantes correlaciona en sus extremos, respectivamente, elementos también de sentido ambivalente: el Panteón de la Salud, que a la vez representa la morada final de los cuerpos y, se supone, su bienestar espiritual, no en balde su denominación como tal. En el extremo contrario, esta dirección conduce a los Baños del Ojocaliente, es decir, nuevamente al agua como vida y por ende como elemento para recuperar la salud de los cuerpos por su calidez y propiedades terapéuticas. Otra vez el par vida-muerte vuelve a aparecer, dinamizado tanto por una saludable revivificación como por la degradación mortal de los cuerpos (Fig. 4). En última instancia, tener salud corporal significaba tener vida terrena (inmanencia); tener vida eterna después de la muerte representaba la salud espiritual (trascendencia).

IV. CONCLUSIÓN

El texto aquí presentado ha abordado aspectos que la historiografía especializada no había encarado con anterioridad, particularmente relativos a la lectura simbólica de las claves de diseño del Plano de las Colonias que implicaron nuevas formas y significados en el habitar de la sociedad porfiriana. Si hubiera de señalarse una limitación, ésta sería la imposibilidad, hasta el momento, de localizar el paquete completo de planos en los que Samuel Chávez plasmó su proyecto, que podrían aclarar o precisar mejor la interpretación histórica que hemos tejido en este artículo. En cambio, es de esperarse que los productos resultantes de la investigación, entre ellos la recuperación del archivo del personaje, contribuyan a que su vida y obra sean mejor conocidas en México y el mundo.

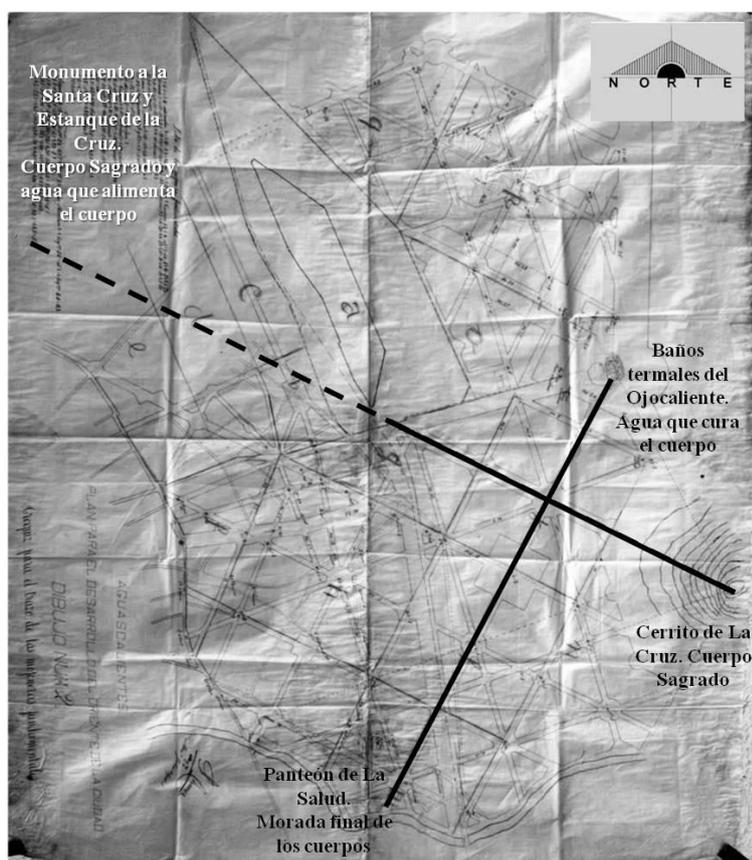


Figura 4. Esquema simbólico de la pedagogía espacial de lo corporal. Fuente: elaboración propia sobre el Plano de Mojoneas Fundamentales de Samuel Chávez, APMAS, Fondo SCHL.

En la interpretación que hacemos de las claves morfo-sintácticas del “Plano de Mojoneas Fundamentales” y del proyecto urbanístico del Plano de las Colonias encontramos concatenadas las dimensiones inmanente y trascendente, es decir, por un lado los determinantes de orden material relativos a la higienización de los cuerpos gracias a la existencia y fomento de establecimientos públicos y privados de baños, apuntalados por un sistema de abasto y distribución de agua tanto para fines lúdicos y terapéuticos como estrictamente sanitarios (los hospitales, las acequias para riego y fuentes, la entubación de sus flujos, el sistema de alcantarillado), además de un sistema de anchas avenidas, calzadas y calles arboladas subordinado a tales emprendimientos; y por otro los constituyentes de orden simbólico relacionados con las connotaciones que los mismos elementos poseen en términos de la salud espiritual (el agua como signo de vida terrena, la cruz como signo de muerte-vida eterna), elementos todos que conforman esa “pedagogía espacial de lo corporal” que aquí hemos sostenido. El mérito principal de Chávez fue haber

visualizado, y con ello prefigurado, que los paradigmas del arte cívico y del incipiente urbanismo científico anglosajón podían ser conciliados a través de conceptos articuladores como la higiene y la salud públicas, el espacio como paseo-espectáculo, el diálogo del pasado, el presente y el futuro fielmente expresado en el sistema de referencias visuales y planimétricas entre la “levítica villa monacal” y la “modernísima” ciudad que se desarrollaría en el oriente citadino. Se diría que en el Plano de las Colonias Samuel habría ensayado lo que Mariscal veía en él: idear “diversas explicaciones sintéticas” (Mariscal, 1937:14) [23] para las situaciones que se le presentaban. Lo anterior colocaría a Samuel Chávez como un precursor del urbanismo moderno, adelantándose varios años, en algunos aspectos, al desarrollo posterior de la urbanística. El epíteto de “referente

inútil” del Plano de las Colonias, sostenido por Gómez Serrano (2013:344) [3], lo hallamos consistente sólo cuando contrastamos la distancia entre lo proyectado y lo efectivamente realizado; sin embargo, posee un valor innegable que radica en el carácter precursor de un nuevo tipo de urbanismo, que por cierto Gómez también convalida,¹⁶ todavía balbuceante por sus ataduras decimonónicas a los conceptos de higienismo y ornato y a los demás prejuicios de la época, pero sumamente lúcido en cuanto a preanunciar los nuevos derroteros por los que se desenvolvería en el siglo XX la disciplina urbanística de la planificación, signada por el nuevo sanitarismo social urbano propiciado y alentado por la Revolución Mexicana y en el que tuvo un rol fundamentalísimo el primo segundo de Samuel Chávez, el arquitecto y urbanista Carlos Alejandro Contreras Elizondo. En suma, podríamos afirmar que el estudio o la lectura “simbólica” del proyecto del Plano de las Colonias, al que se restringe este texto, revela no sólo todo un relato político-ideológico de las aspiraciones de la elite de “educar” al pueblo en “una conciencia nacional” legitimadora del régimen porfiriano, como genialmente lo ha destacada Gerardo Martínez Delgado (2009:213) [8], sino también toda una narrativa de lo corporal en el espacio.

V. AGRADECIMIENTOS

El autor desea dejar constancia de agradecimiento, en primer lugar, a la Universidad Autónoma de Aguascalientes (México), quien financia el proyecto de investigación que soporta este artículo, y en segundo lugar al equipo de trabajo que está bajo su responsabilidad: Alejandro Acosta Collazo, J. Carlos Parga Ramírez, y de manera muy especial J. Refugio García Díaz y Eduwiges Hernández Becerra.

REFERENCIAS

Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes (AHEA).

Archivo General Municipal de Aguascalientes (AGMA).

Archivo Particular de Marco Alejandro Sifuentes Solís, Fondo “Samuel Chávez Lavista” (APMASS-FSChL).

- [1] J. Gómez, Ojocaliente: una hacienda devorada por la urbe (México: Centro de Investigaciones Regionales de Aguascalientes-LI Legislatura del Estado de Aguascalientes-Consejo Regional de Bellas Artes, 1983).
- [2] J. Gómez, Aguascalientes en la historia. 1786-1920 (México: Gobierno del Estado de Aguascalientes-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988).
- [3] J. Gómez, Eslabones de la historia regional de Aguascalientes (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2013).
- [4] H. Durán y M. A. Sifuentes, Ensayo sobre el origen y evolución de la ciudad de Aguascalientes (Aguascalientes: edición de autor, 1987).
- [5] J. J. López, Protomodernidad arquitectónica en Aguascalientes (1884-1920), Vol. I (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2007).
- [6] R. Franco, Modelos urbanos y proceso de transformación territorial en la ciudad de Aguascalientes: de la ocupación periférica a la liquidación del centro tradicional, Ciudades 14 (1), 2011, 241-253.
- [7] N. López, Bases socio-espaciales en el crecimiento de la ciudad de Aguascalientes: procesos de apropiación y segmentación del espacio urbano, tesis doctoral, Universidad de Valladolid, España, 2013.
- [8] G. Martínez, Cambio y proyecto urbano. Aguascalientes 1880-1914 (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes-Presidencia Municipal de Aguascalientes-Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2009).
- [9] V. A. Esparza, Lugares y usos de la memoria. Los nombres de las calles de la ciudad de Aguascalientes, 1855-1962, y Catálogo de la Nomenclatura de las Calles de la ciudad de Aguascalientes, 1855-1975 (Aguascalientes: Centro Regional INAH, 2012-2013).
- [10] E. Acosta, Colonia Juárez, desarrollo urbano y composición social, 1882-1930 México: Instituto Politécnico Nacional, 2007).
- [11] M. Beuchot, Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación (México: FFyL-UNAM, 1997).
- [12] C. Pereda, Historias y argumentos, Diánoia, XLVI (47), 2001, 3-20.
- [13] H. Caride, Cuerpo y ciudad. Una metáfora orgánica para Buenos Aires a fines del siglo XIX, Anales del Instituto de Arte Americano, No. 41 (1), 2011, 36-52.
- [14] A. Gravano, Los atrasos y delantades de las ciudades, muestra del trabajo con los imaginarios urbanos, Runa, 24, 2003, 27-42.

¹⁶En su opinión, el Plano de las Colonias “marcó el arribo a la ciudad de criterios modernos de urbanización”; ver Gómez Serrano (2013:342) [3].

- [15] F. Padilla y O. Flores, Fragmentación urbana en Aguascalientes, *Investigación y Ciencia*, 8 (22), 2000, 31-46.
- [16] A. Reséndiz, Catálogo de Monumentos Históricos Inmuebles del Municipio de Aguascalientes (Aguascalientes: Centro Regional INAH, 1985).
- [17] W. Beezley, El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo, *Historia Mexicana*, 33 (2), 1983, 265-284.
- [18] V. Esparza, Las diversiones públicas en la ciudad de Aguascalientes durante el porfiriato: en busca de la modernidad, tesis de maestría, El Colegio de San Luis, S. L. P., 2007.
- [19] E. A. Chávez, ¿De dónde venimos y a dónde vamos? (México: Edición de El Colegio Nacional, 1946).
- [20] T. Pérez, La vida como estereotipo: memorias de un comerciante montañés en la Nueva España del siglo XVIII, *Historia Mexicana*, LVII (1), 2007, 200-209.
- [21] M. L. Sandoval, 2010 La narrativa de Eduardo J. Correa, un punto de vista católico sobre la modernidad, en P. Civil y F. Crémoux (Eds.), *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Nuevos caminos del hispanismo...*, Iberoamericana-Vervuert, España, 2010, s.p. en: http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_275.pdf, consulta: 15 de agosto de 2016.
- [22] E. Pani, Democracia y representación política. La visión de dos periódicos católicos de fin de siglo, 1880-1910, en C. Agostoni y E. Speckman (Eds.), *Modernidad, tradición y alteridad* (México: IIH-UNAM, 2001), 440-487.
- [23] N. Mariscal, El arquitecto D. Samuel Chávez, *Universidad*, IV (18), 1937, 13-18.
- [24] N. D. Durán, La pedagogía de lo corporal y de la salud. Una filosofía para vivir. Historia de las ideas psicológicas y pedagógicas de Sergio López Ramos, tesis doctoral, FFyL-UNAM, México, 2011.
- [25] M. Horkheimer y T. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, introducción y traducción de Juan José Sánchez (España: Editorial Trotta, Valladolid, 3ra. ed., 1998/1944/1947).
- [26] León XIII, Sobre la condición de los obreros, Carta Encíclica *Rerum Novarum*, 1891, 7, en: http://www.statveritas.com.ar/Magisterio/de/la/Iglesia/CARTA_ENCICLICA_RERUM_NOVARUM.pdf. Consulta: 16 de agosto de 2016.
- [27] F. Savarino, Religión y sociedad en Yucatán durante el Porfiriato (1891-1911), *Historia Mexicana*, XLVI (3), 1996, 617-651.
- [28] M. A. Sifuentes y J. C. Parga, Una cartografía pictórica de 1730. El análisis visual asistido por computadora (AVAC) como herramienta para la historiografía urbana de la villa de Aguascalientes", *Terra Brasilis*, 4, 2015, 1-21.
- [29] A. Russo, Caminando sobre la tierra, de nuevo desconocida, toda cambiada, *Terra Brasilis* [on line], 7-8-9, 2007, 1-19 en: <http://terrabrasilis.revues.org/388>, consultado el 29 de abril de 2013.
- [30] E. Ribera, Casas, habitación y espacio urbano en México. De la colonia al liberalismo decimonónico, *Scripta Nova*, Vol. VII, 146 (015), 2003, en: [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(015\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(015).htm).
- [31] J. A. Gutiérrez, *Historia de la Iglesia Católica en Aguascalientes*, Vol. 1, Parroquia de la Asunción de Aguascalientes (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes-Obispado de Aguascalientes-Universidad de Guadalajara, 1999).
- [32] J. Díaz de León [con la colaboración de Manuel Gómez Portugal], Apuntes para el estudio de la higiene en Aguascalientes [1888], *Boletín del Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes*, 1 (2), 2006.
- [33] N. A. Calkins 1879, *Manual de enseñanza objetiva o instrucción elemental para padres y maestros* (Nueva York: D. Appleton y Cía., 1879).
- [34] *El Republicano* (1899). Periódico Oficial del Gobierno del Estado, XXXI, 30 (1143), Aguascalientes, Ags..
- [35] C. Díaz, Del cuerpo dócil. Métodos de regulación de la conducta corporal ciudadana en el entre siglo XIX y XX venezolano, *Voz y Escritura*, 18, 2010, 79-98.
- [36] O. López, Cuerpo y salud en los ciudadanos del Distrito Federal en la segunda mitad del siglo XIX, *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 12 (2), 2009, 1-17.
- [37] J. M. Briceño, *El laberinto de los tres minotauros* (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1997).
- [38] V. Zárate, El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX, *Historia Mexicana*, LIII, 2 (210), 2003, 417-446.
- [39] R. Mangieri, Lector in urbis: espacio urbano y estrategias narrativas, en R. Mangieri, *Las fronteras del texto: miradas semióticas y objetos Significantes* (España: Universidad de Murcia, 2001) 85-112, disponible en: <http://roccomangieri.blogspot.mx/2009/07/lector-in-urbis.html>, consultado el 27 de diciembre de 2012.
- [40] L. Anaya, Ezequiel A. Chávez. Una aproximación biográfica a la historiografía de la rectificación (México: Gobierno del Estado de Aguascalientes-Instituto Cultural de Aguascalientes, 2002).